

SAÚL YURKIEVICH

ILUSIONISMO

En su malla de lentejuelas ella destella; tocado de plumas y boa de marabú, la asistente, esplendorosa, aparece. Porta una mesa cubierta de negro mantel de felpa con estrellas plateadas. La coloca en el centro del escenario y, una mano en alto y otra en la cintura, saluda girando a uno y otro lado. Todos aplaudimos con fervor. Se inclina y con ambos brazos extendidos anuncia al mago. Majestuoso, el mago entra. Negro es su frac, negro su cabello y negra su chistera. Se la quita y la pone sobre la mesa. Hace unos pases con su varita y saca un ramo de pimpollos de rosa que en un santiamén se abren y de un amarillo pálido viran al rojo bermellón. Luego extrae del sombrero racimos de globos que suelta y remontan. Siguen palomas que batan sus alas y arman revuelo y son bandadas. Después, los pañuelos de color que anudados forman continuo cordón. Y el conejo blanco que sale tomado por las orejas, más el gris, el beige, el marrón. Saca el mago un papagayo que posa sobre el hombro de la emplumada asistente y la cobra que enrolla alrededor de su largo y niveo cuello. Hace aparecer una familia de titíes que corren por la escena y trepan a los decorados. A continuación, saca una calabaza rosada. El mago estira la mano, la asistente le alcanza un alfanje. De un vigoroso golpe, corta la calabaza en dos mitades iguales. Entre ellas, apelonado, se aloja un puercoespín. El mago le acaricia el hocico y sus pinchos azules se erizan. Nuevo pase magnético, y del sombrero comienza a montar una gruesa sogá de cáñamo que queda enhiesta. Unos negros brazos suben por ella. Sale un zulú que trepa y trepa. Música sincopada resuena. Saca el mago primero un clarinete, después una trompeta. Suspendidos en el aire, ambos instrumentos tocan de por sí. Surgen dos manos en ojiva, largos brazos arqueados, ondulada melena, un cuerpo grácil vaporosamente emerge. De un brinco, ya está afuera. En puntas de pie, la bailarina salta y gira, salta y gira. Envuelta por el humo sulfuroso, una llamarada aflora. Sus ojos como sol quemante, acorazado por su caparazón impenetrable, espinosa la panza, sale el leviathán; por delante y por detrás, hecha hachas de fuego. La punta de un ala blanca se insinúa; anuncia a un ángel con una azucena; lo acompaña un coro celestial. Sobre una nube rosicler, seguidos por los reflectores, los seráficos ascienden. Ya no los vemos pero, con embeleso oímos su canto que se atenúa. Sale una desnuda Leda con el cisne que le mete el pico en la entrepierna. De una pirueta emerge Belcebú. La barbilla en punta, la frente con cornamenta, rojísima es su cara y su vestidura. Debajo de su capa, la flechuda cola asoma. Otro pase mágico y de un brinco aparece Lilith, la vampiresa de labios lascivos y ojos sanguinolentos. Como pantera se ondula y fascina. Diablos que dan pavor alternan con beatíficos que nos sedan. Con sus poderes el mago nos amilana. Ya no atinamos a aplaudir. Hace que lo consistente se vuelva polvo, que lo corpóreo se licue, que mar y tierra se mezclen, que la luz se apague y que todo retorne al informe fondo. Con un pase logra que el teatro se esfume; con otro, que el público se evapore. Un ademán dirigido a la asistente y la preciosa desaparece. Al fin, apunta con la varita hacia su pechera y del mago nada queda. ■